



LECTURA
SEMANAL Y
POPULAR

10
Cents

AGE 10. WEN. 12

ORTEGA y FRIAS

**HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE**

LECTURA

AÑO II
NÚM. 18

SEMANAL

PRE-
CIO:

2 MARZO
1926

POPULAR

10
CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJAS», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora del caballero don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde

(Continúa en la penúltima página).

Corrió el sirviente hasta encontrar a Leandro, diciéndole:

—Me parece, mi noble señor, que la fortuna nos protege.

—¿Sabes ya quién es el médico ?

—Ni más ni menos que el doctor Vallecillo.

—¿ Vallecillo ?

—El mismo que se honra con venir a esta casa, y que de esta casa ha sacado mucho dinero.

—Pues, siendo así, me parece doblemente fácil la empresa.

—Ahora puede vuestra señoría ponerse de acuerdo con sus amigos: yo entretanto me entenderé con el criado de los padres graves, preparando el terreno para dar el golpe decisivo.

—¡ Perico, cuenta que has hecho tu fortuna !

—¡ Bien recompensado estoy con lo que he de gozar si triunfamos !

—Voy a buscar al señor de Guevara y a Querubín.

—¡ Pues que Dios os proteja !

No perdió un instante Leandro, y se encaminó a la plazuela del Alamillo, entrando en la modesta vivienda del buen hidalgo.

—¡ Vive el cielo ! — exclamó éste — Avergonzado estoy de recibirlos en tan pobre casa ; pero...

—Amigo mío, vuestra persona es bastante para ennoblecere y dar brillo al más modesto lugar.

—¿ Qué noticias nos traéis ?

—Las mejores, en cuanto pueden ser buenas en nuestra situación.

—¡ Decid !

—El médico de la comunidad de Santa Teresa es el mismo que asiste en mi casa.

—¡ Truenos y rayos !

—Por consiguiente respondo de que no iré al convento mañana a la hora a que debe ir.

—De aquí a mañana arreglaré mi ropa convenientemente. ¡No tengáis cuidado, que representaré mi papel con habilidad!

—Conozco vuestra delicadeza, señor de Guevara.

—¿Por qué me decís eso?

—Para haceros comprender que no os ofrezco nada con el fin de sacaros de apuros.

—¡Ni yo lo aceptaré!

—Pero si carecéis de un arma para sostener la lucha...

—¡Comprendo!

—Habéis de hacer gastos, y, por consiguiente, es absolutamente preciso que aceptéis mi bolsa.

—Las circunstancias...

—¡Tomad!—dijo Leandro.

Y sacó un bolsillo, por entre cuyas mallas se veía brillar el oro, dejándolo sobre la mesa.

Estremeciése el señor de Guevara, porque nunca se había visto con tanto dinero; pero disimuló, y dijo con indiferencia:

—Acepto como pudiera aceptar una espada:

—Eso es.

—¿Y a qué hora os parece que debo ir al convento?

—Según las averiguaciones hechas por Perico, la mejor hora son las ocho de la mañana.

—Aun no me habéis dicho cómo se llama ese buen doctor que ha de servirnos contra su voluntad.

—Vallecillo.

—Le conozco.

—¡Tanto mejor!

—Pues consagraos a la pobre Consuelo, que ya para nada os necesito.

—¿Y Querubín?

—A estas horas debe de estar en la costanilla de Santiago.

—Allí le encontraré.

Despidiéronse.

Leandro salió.

—¡Más a tiempo no podía venir!—dijo el señor de Guevara.

Y vació la bolsa, complaciéndose en contar y hacer sonar las monedas.

Luego tomó su espada, su capa y su sombrero, y salió para ir en busca de la ropa que necesitaba.

Nada más digno de mención sucedió aquel día. Al siguiente a las siete de la mañana estaba ya Leandro vestido con el lujo que a su clase correspondía, y veinte minutos después salía de su casa, atravesaba algunas calles, llegando a la de Santa Brígida, y entraba en una casa de humilde apariencia.

Subió el joven hasta el cuarto principal y llamó.

—¿Quién es?—preguntó una vieja asomándose por el ventanillo.

—Necesito ver al doctor.

Al ver la criada que el recién llegado era un caballero lujosamente vestido, abrió la puerta y dijo:

—Entre vuestra señoría, que a tiempo llega, porque mi amo se preparaba para salir.

Y gritó, en tanto que por un estrecho y oscuro pasillo guiaba al caballero:

—¡Señor, señor! ¡Buscan a vuestra merced! ¡Es un caballero, un gran caballero!

—¡Allá voy; que entre!—se oyó decir.

Y en el umbral de una puerta encontráronse Leandro y el médico.

Era éste de elevada estatura, flaco, de larga nariz y ojos pequeños, redondos, hundidos y brillantes. De pies

a cabeza estaba vestido de negro y con sencillez, según acostumbraban en aquella época los de su profesión.

Sorprendióse al ver al hijo de la condesa, pues nunca pudo creer que éste se dignase ir a visitarle.

—¡Vos aquí!—exclamó el doctor— ¡Entrad, caballero! ¡Tanta honra me aturde! ¿Qué sucede en vuestra casa? ¿Por qué no ha venido uno de vuestros criados? ¡Sentaos en este sillón! ¡Oh! ¡Os suplico que me tranquilicéis!

—Mi familia goza de completa salud.

—Doy gracias a Dios; pero a medias no más, porque vos tal vez...

—Tampoco estoy enfermo.

—¡Ya puedo respirar!

—Mucho os agradezco el interés que tomáis por nosotros.

—Cumpló un deber; y aunque no sea más que por gratitud...

—Yo soy el agradecido, doctor.

—Vuestras bondades...

—Sin vuestros cuidados, tal vez hubiese perdido la vida alguno de nosotros.

—¡Señor don Leandro!...

—¡Perdonad!

—Callo, y escucho con el respeto que merece vuestra ilustre persona.

—Hay un refrán que dice que «amor con amor se paga».

→Y es verdad.

—Si vos os habéis interesado por nuestra salud, yo tengo la obligación de interesarme por la vuestra.

—Seguro estoy de que mis desgracias os llenarían de pesadumbre.

—Bien hacéis en no dudarlo.

—Gracias a Dios me considero feliz.

—Eso les ha sucedido a vuestros enfermos algunas horas antes de advertir el quebranto de su salud.

—Mientras no han sospechado el peligro que los amenazaba...

—Como a vos os sucede ahora mismo.

—¿Qué estáis diciendo?—replicó el médico con tono de extrañeza.

—Que ahora vos sois el paciente.

—¿Yo?

—Sí; eso he dicho.

—Señor don Leandro, no os comprendo.

—Me explicaré con claridad.

—Reconozco mi torpeza.

—Así como vos habéis ido muchas veces a mi casa para salvarnos la vida, yo vengo a la vuestra para algo parecido.

—¡Me ponéis en gran cuidado, caballero!

—Tranquilizaos, porque cuando los peligros se conjuran oportunamente no hay nada que temer.

—¿Un peligro?

—Y grande.

—¿Y yo soy el amenazado?

—Vos.

—Estoy en perfecta salud.

—Bien puede ser.

—Y como no tengo enemigos...

—Pero tal vez, inocentemente, seáis un estorbo para otra persona.

El buen doctor se sintió afurdido.

—No os toméis la molestia de cavilar, porque nada adivinaréis.

—Mi conciencia está tranquila.

—Y debe estarlo, porque sois el hombre más honrado del mundo.

—Tampoco me parece que pueda haber nadie que me envidie.

—Esa es también mi opinión.

—Y a nadie envidio, porque estoy completamente satisfecho de mi fortuna.

—No sois ambicioso; ya lo sé.

—Pues, ¿por qué ha de mirarme nadie con odio?

—Suponed que una mujer casada tiene un amante, al que recibe a ciertas horas de la noche y sin que nadie se entere de ello.

—Lo supongo.

—Si en los momentos en que el amante entra o sale por un balcón quiere la casualidad que yo pase por la calle y le reconozca contra mi voluntad...

—¡Dios me libre de que me suceda semejante cosa!

—¿Por qué?

—Porque el amante me miraría con odio, y la mujer vería siempre en mí un peligro para su honra.

—Pensáis cuerdamente.

—Y por aquello de que hombre muerto no habla...

—Temeráis que el galán intentase acabar con vuestra vida, para que así el secreto quedara bien guardado.

—Eso es.

—Ya veis cómo un hombre honrado y que no tiene enemigos puede ser mirado con odio, y cómo un peligro se nos viene encima sin que sepamos cómo ha venido.

—Pero yo no he sorprendido ningún secreto.

—Os he puesto un ejemplo, y os pondría mil.

—Estoy convencido.

Dieron las ocho.

El doctor se movió como impacientado, porque pensaba en la enferma del convento y no quería caer en falta; pero le era imposible despedir a un hombre como Leandro, y, sobre todo, la conversación le interesaba mucho y quería terminarla.

—Me concretaré al caso que os interesa—dijo el joven.

—Deseo salir de dudas.

—Os llaman para asistir a un enfermo.

—Cumplo con mi deber, y voy.

—Pero no podéis ir sin saber dónde el enfermo se encuentra.

—¡Eso es claro!

—Y si hay alguien que tiene interés en que nadie sepa dónde se oculta la persona interesada, apenas comprenda que conocéis el secreto...

* —Nada debo temer, porque los médicos son como los confesores.

—Sin embargo, un médico es un hombre al fin como todos, y en un momento de debilidad puede cometer una indiscreción.

—Es difícil, pero no imposible.

—Es difícil; pero no imposible.

—Dejadme reflexionar, porque no recuerdo que pueda ofrecer semejante peligro ninguno de los enfermos de los que están a mi cuidado.

El hijo de la condesa desplegó una sonrisa, y luego replicó:

—Doctor, mal que os pese, conocéis un secreto de muchísima importancia.

—Casi me atrevo a decir que estáis equivocado.

—Tengo la prueba.

—¿Y ese secreto?

—Ayudaré a vuestra memoria.

—Hacedlo, porque...

—Escuchadme.

—Vuelvo a escucharos.

—Hay en Madrid una persona de muchísima importancia, tanto por sus riquezas como por su posición social.

—Muchas hay así.

—Esa persona se encuentra en una situación muy extraña y muy crítica.

—Todavía no entiendo.

—Para salir del conflicto que le agobia ha recurrido a todos los medios imaginables.

—Lo encuentro natural.

—No ignoráis que ciertas personas, por el carácter de que están revestidas, inspiran mayor confianza que las demás.

—Por ejemplo, un sacerdote.

—Eso es.

—No está enfermo ninguno de los que conozco.

—Lo sé.

—Proseguid, si a bien lo tenéis.

—En el asunto a que me refiero tiene parte muy principal una mujer.

—¡Oh!

—Y no se os oculta que es muy delicado lo que con las mujeres tiene relación, sobre todo cuando se trata de una dama ilustre.

—No exageráis.

—En semejante situación, otra persona se muestra interesada en el mismo negocio, y como cada cual trabaja por su cuenta y guardándose de los demás, resulta que acaban por no entenderse.

El pobre doctor estaba cada vez más aturdido. Se pasó las manos por la frente, y replicó:

—Os hablaré con franqueza, señor don Leandro.

—Decid lo que bien os parezca.

—Creo que mi razón está perturbada.

—¿Y por qué teméis desgracia tan horrible?

—Porque cuantas más explicaciones me dais, menos comprendo.

—Tened calma, que todo se pondrá en claro.

— ¡Calma! ¡Es imposible!

—Voy a continuar.

—Como gustéis.

El hijo de la condesa sacó uno de los dos relojes que llevaba, porque eran dos los que usaba la gente rica en aquel tiempo.

—Cerca de las ocho y media—dijo.

—Esa hora es.

—Si uno de mis relojes miente, el otro lo dirá.

Y el otro sacó Leandro.

No tenemos que decir que ante todo quería ganar tiempo, dando así lugar a que el señor de Guevara fuese al convento y viese a María.

Acrecentaba la impaciencia del doctor, y también aumentaban sus temores.

No necesitaba Leandro más que otros quince o veinte minutos.

Sacó el pañuelo, limpióse, lo guardó, cambió de postura, tosió, y luego dijo:

—Hace pocos días, muy pocos, os trajeron un aviso de la comunidad de Santa Teresa.

El médico palideció y guardó silencio.

—Acudisteis y os encontrasteis con que la enferma era una joven de rubios cabellos, de azules ojos y de una belleza sin igual.

— ¡Caballero!...

—No exijo que afirméis ni neguéis.

—Os lo agradezco.

—Recetasteis lo que bien os pareció, y comprendisteis que había mucho interés en ocultar el nombre de la enferma.

—¿Es eso todo?

—Queda lo más interesante.

—Escucho otra vez.

—Anoche os pusisteis enfermo de repente.

—En cuanto a eso, puedo asegurar que estáis equivocado.

—No lo estoy, doctor.

—¿Pretendéis saberlo mejor que yo ?

—Digo que de repente enfermasteis.

—Pero...

—Escuchadme, amigo mío.

—Os complaceré; pero conste...

—Ya veréis cómo tengo razón.

—¡Sin duda, me he vuelto loco!

—Amanece; no podéis levantaros...

—Viendo estáis que me he vestido.

—Eso no importa.

—¡Pues adelante!

—Como no podéis dejar abandonados a vuestros enfermos, porque sois hombre de conciencia escrupulosa...

—Eso sí es verdad.

—Ya que os es imposible salir de vuestra casa, llamais a uno de vuestros compañeros, al que más confianza os inspira, y le rogáis que os sustituya y visite a los enfermos que mayor cuidado exigen.

—Esa es mi costumbre; pero ahora...

—Vuestro compañero, cuyo nombre no es del caso, os complace con la mejor voluntad, y sin perder tiempo se presenta en el convento de Santa Teresa...

—¡Caballero!—exclamó Valbecillo brincando en la silla.

—A las ocho, poco más o menos, debíais haber ido al convento de Santa Teresa.

—¡Oh!

—¡Esperad, doctor; esperad!

—¡Señor don Leandro!...

—Ante todo, veamos lo que dicen mis relojes.

Quedó como anonadado el infeliz médico.

Algunas gotas de frío sudor corrieron por su frente.

El injo de la condesa, con la misma calma que antes, sacó uno de sus relojes y dijo:

—Las nueve menos cuarto.

Luego sacó el otro y añadió:

—Un minuto más. No es mucha la diferencia.

—¡Dios mío! —exclamó el médico— ¡Me hacéis sospechar!...

—Amigo mío, cuanto os he dicho es la verdad: estáis enfermo, no podéis salir de vuestra casa.

—¡Esto es horrible!

—Si ahora vais al convento, tendréis que confesar que os han engañado; y como se trata de un asunto muy grave, de un secreto de muchísima importancia, la reverenda madre superiora no os perdonará la torpeza y dejaréis de ser el médico de la comunidad.

Exhaló el doctor un penoso suspiro.

Leandro prosiguió diciendo:

—Además, por haberme hecho la ofensa de poner en duda mis palabras, no volveréis tampoco a entrar en mi casa; y como nunca faltan medios para hundir la mejor reputación, Dios sabe lo que será de la vuestra.

—¡Estoy perdido!

—Si cuando llegue la noche o mañana vais al convento y habláis de vuestra repentina indisposición, ningún motivo de queja tendrá la reverenda madre; y en cuanto a mí, estad seguro de que he de recompensar muy largamente vuestros servicios.

—Todo eso está muy bien, caballero; pero es el caso que aun no entiendo de qué se trata.

—No os lo he dicho ya porque no os agrada conocer secretos de cierta clase; pero vuestra curiosidad quedará muy pronto satisfecha.

—¡No quiero! —replicó vivamente el doctor.

—Me inspiráis mucha confianza, y...

— ¡Os lo agradezco, señor don Leandro; pero callad!

— Decidme, entonces, lo que determináis.

— ¿Qué he de hacer después de las terribles amenazas que han salido de vuestros labios?

— No son amenazas, sino advertencias, porque he querido haceros un favor, libraros de un gran peligro.

— ¡Es una prueba de amistad; ya lo veo!

— Pero, en fin...

— Estoy enfermo desde anoche, y no puedo salir de mi casa.

— ¡Muy bien!

— Vos me diréis cuál de mis compañeros me ha sustituido.

— Un médico cuyo nombre conoceréis antes de dos horas.

— Esperaré resignado.

— ¿Creéis que soy hombre de honor?

— Caballero, no debierais hacer semejante pregunta.

— Pues bien; por mi honor os juro que no se trata de hacer mal a nadie, sino, por el contrario, un beneficio.

— ¡Me tranquilizáis!

— Cuando sea oportuno, conoceréis esta intriga y os convenceréis de que puede vuestra conciencia dormir descuidada.

— ¡Siempre he sido honrado!

— Mi buena madre os dirá lo mismo.

— Entonces, ya nada temo.

Púsose en pie Leandro.

— ¿Os vais ya, caballero?

— Estáis enfermo y necesitáis reposo.

— Habéis honrado mi pobre casa...

— Mucho más merecéis, doctor.

— ¡Tanta bondad!

— Soy vuestro mejor amigo.

Leandro estrechó la diestra del médico y salió.

— ¡No me equivoqué! —dijo el doctor cuando estuvo solo— La enferma es un misterio, y aunque no soy curioso... ¡Oh! Bien pensado, no debo quejarme de la fortuna, porque don Leandro me recompensará largamente sin que me sea preciso echar peso alguno sobre mi conciencia.

Reflexionando sobre lo que acababa de suceder pasó el doctor Vallecillo más de una hora.

Volvieron a llamar, y la criada dijo que acababa de llegar uno de los sirvientes del conde de Rocanegra.

— ¡Que entre! —dijo el médico.

Presentóse Perico.

— ¿Quién os envía ?

— El señor don Leandro.

— ¡Exacto ha sido!

— Como siempre.

— ¿Y qué os ha dicho ?

— Que vuestro compañero se llama Meléndez.

— ¿Meléndez ? ¡No lo olvidaré!

— ¿Tenéis algo que mandar ?

— Dadle en mi nombre las gracias a vuestro noble señor.

— Desea saber si os habéis mejorado.

— Sí, ya estoy mejor, mucho mejor, aunque todavía siento algo aturdida la cabeza; pero, como estáis viendo, he podido dejar la cama.

— Si esta noche habéis de salir...

— Creo que sí saldré, porque tengo que cumplir mis obligaciones.

— Me alegraré que recobréis por completo la salud.

— ¡Gracias!

— ¡Que Dios os guarde!

Perico se fue.

—No hay en Madrid ningún médico que se llame Meléndez—dijo el doctor.

¿Cómo habría salido de su difícil empresa el buen hidalgo?

Esto es lo que vamos a decir.

El asunto no dejaba de ofrecer peligros, porque una circunstancia cualquiera podía dar al traste con el plan.

¿Y cómo se encontraba María?

También vamos a saberlo.

CAPITULO LIV

Cómo representó el señor de Guevara su papel de médico

A las ocho en punto de aquella mañana, el buen hidalgo, vestido de negro de pies a cabeza y dando a su semblante la expresión de fría gravedad que el caso requería, entró en el convento, acercóse al torno, dio algunos golpecitos, y dijo con voz hueca:

—¡*Deo gratia!*

—¡A Dios sean dadas!—respondió desde el otro lado la hermana tornera.

Y luego añadió:

—¿Quién es?

—Soy el doctor Meléndez, y vengo de parte de mi buen amigo y compañero el doctor Vallecillo, que anoche se puso repentinamente enfermo y ha tenido que quedarse en la cama.

—¡Jesús!

—Como en esta comunidad hay una enferma que no puede desatenderse un solo día, mi amigo me ha rogado que venga, así como también he de ir a visitar a otros enfermos de consideración.

—¡A todas horas nos amenaza la muerte!—dijo la re-

ligiosa con plañidero tono— ¿Quién había de sospecharlo? Ayer tarde vino el doctor y parecía tan bueno.

—Pues a las pocas horas su salud estaba seriamente quebrantada.

—¡Rogaremos a Dios por él!

—Avisad a la reverenda madre superiora, diciéndole lo que sucede.

—¡Esperad!

Transcurrieron algunos minutos.

La tornera volvió, y dijo:

—La muy reverenda madre superiora ha escuchado con dolor la triste noticia.

—¿Y qué ha dispuesto?

—Que veáis a la enferma, porque cuando el doctor Vallecillo os envía, es porque puede tenerse en vos completa confianza.

—Soy médico de otras comunidades religiosas, y, por consiguiente...

—¡Tanto mejor! ¿Y qué enfermedad padece el doctor Vallecillo?

—Una alteración de la sangre, complicada con una irritación en el hígado, que a su vez ha sido producida por un pasmo de las membranas del estómago. Esa enfermedad termina pronto con la vida o con la muerte.

—¿Vos le habréis asistido?

—He pasado casi toda la noche junto a su lecho.

—¿Y creéis que su vida peligró?

—Ya se han dominado los síntomas más graves, y dentro de dos horas se presentará la crisis. Si Dios quiere favorecernos, antes de que llegue la noche habrá recobrado completamente la salud mi amigo; pero si no, mañana a estas horas habrá dejado de existir.

—¡Dios mío!

—Me anima la esperanza de que se salvará.

—¡Qué enfermedades tan raras!

—¿Por dónde debo entrar ?

—Por la otra puerta os abrirá el demandadero, que ya tiene la orden para hacerlo así.

—Está bien—dijo el señor de Guevara.

Y antes de que la monja hiciese nuevas preguntas para satisfacer su curiosidad, el caballero fue a llamar a la puertecilla por donde ya vimos introducirse a Querubín.

Canuto abrió, miró de pies a cabeza al señor de Guevara, le saludó respetuosamente, y le dijo:

—¡Entrad!

Atravesaron las habitaciones, pasillos y galerías que ya conocemos.

Una novicia se presentó para guiar al fingido médico a la celda de la superiora.

El señor de Guevara, con el sombrero bajo el brazo izquierdo, y su largo bastón en la mano derecha, se presentó a la anciana y la saludó con frases muy corteses.

—Pero, ¿qué es lo que me han dicho de nuestro buen doctor?—preguntó la superiora.

—Que anoche se puso repentinamente enfermo; pero, gracias a la prontitud con que hemos acudido, tiene vida y espero que se salvará.

—¡Bendito sea Dios, que así lo ha dispuesto!

—Es una de esas enfermedades que matan o curan en pocas horas; de manera que mi compañero habrá recobrado la salud antes de que llegue la noche, o morirá mañana al amanecer.

—¡Me hacéis temblar!

—Hay grave alteración en la sangre y en el hígado, las membranas del estómago, y los músculos del diafragma, irritados a consecuencia de un pasmo en los tejidos de la región pericardial.

—¡Jesús, Jesús!

—Ya podéis comprender que esto es muy grave; pero

tiene la ventaja de que apenas se restablece la regularidad en la circulación, la enfermedad desaparece por completo, y como si nada hubiese sucedido. La crisis debe presentarse a las diez, y a las once podremos decir con seguridad si el enfermo podrá vivir.

—Para esa hora dispondré que la comunidad acuda al coro, y tengo la esperanza de que el Omnipotente querrá escuchar nuestras súplicas.

—Como mi amigo el doctor tiene la cabeza despejada, ha podido darme explicaciones con respecto a la enferma que hay en esta santa casa.

—Mucho le agradezco su interés.

—Con el mayor gusto he accedido a su ruego, y aquí me tenéis a vuestra disposición.

—Parece que está mucho mejor nuestra enferma.

—¡Loado sea Dios!

—Ahora la veréis, y recetaréis lo que bien os parezca.

Hasta entonces todo había salido bien; pero había el peligro de que María no pudiera dominarse, y que con una exclamación o una palabra imprudente infundiera sospechas.

La superiora y el señor de Guevara fueron a la celda de la hija del comendador.

La primera dijo al entrar:

—Hija mía, aquí tenéis a un doctor amigo del que os ha visitado, y que no puede venir porque está enfermo.

María volvió lentamente la cabeza y miró con indiferencia al caballero; pero le reconoció inmediatamente.

El rostro de la joven cambió de expresión.

Sus ojos recobraron el brillo.

Muy poco faltó para que dejase escapar una exclamación de sorpresa y de alegría.

Consiguió dominarse, y miró con afán indescriptible al fingido médico.

La mirada de María era muy elocuente.

Acercóse el señor de Guevara al lecho mientras sonreía maliciosamente.

Contempló a la enferma y dijo:

— ¡El pulso!

La joven presentó una de sus manos.

Representaba admirablemente su papel el caballero.

Mientras examinaba el pulso de la enferma miraba con disimulo a su alrededor.

Tenía necesidad de que, siquiera por algunos momentos, se separase la anciana superiora, pues sólo así podía el caballero entregar a María la carta de Querubín. ¿Cómo conseguir esto?

La enfermera no estorbaba, porque se había colocado en un rincón de la celda, y allí permaneció inmóvil y con la mirada fija en el suelo.

— ¡Bien, muy bien! — dijo el señor de Guevara.

— ¿Os parece que está mejor?

— Mucho mejor, según las explicaciones que mi amigo me ha dado; pero...

— ¿Será preciso cambiar de sistema?

— Tened la bondad de darme el medicamento que ha tomado la noche pasada.

— Aquí está — dijo la superiora.

Y se dirigió hacia la mesa, donde había algunas botellas y vasos.

El caballero supo aprovechar la ocasión.

— ¡La otra mano! — dijo a María.

Y él sacó del bolsillo la carta entregándosela a la joven.

El interesante papel desapareció entre las ropas del lecho cuando la superiora se acercaba con una botella.

Tomó el fingido médico la vasija y miró al trasluz el líquido que contenía.

—¡Oh!—exclamó— ¡El doctor Vallecillo es un gran hombre!

—Tenemos en su sabiduría la más ciega confianza.

—Y con razón, reverenda madre; con sobrada razón.

—¿Debe la enferma seguir tomando lo mismo?

—Sí, lo mismo, y muy pronto la veréis fuera del lecho.

—Me tranquilizáis.

—La enfermedad está dominada, y casi puede decirse que principia el período de convalecencia, lo cual se debe al acierto del doctor Vallecillo.

—Yo temí que fuese preciso apelar a remedios espirituales, porque hay motivos para creer que Satanás...

—¡Comprendo, comprendo!

—¿Y qué os parece?

—Tal vez hay algo; tal vez, porque los malos espíritus...

—¡Jesús, María y José!

—Pero eso se conocerá bien claramente cuando desaparezca por completo la alteración que han sufrido ciertos órganos. Repito que, en mi opinión, alguna parte debe de tener el diablo en esta enfermedad.

La superiora y la enfermera se santiguaron.

—Después que el doctor Vallecillo declare que nada le queda que hacer, observaréis, y para que el experimento dé mejor resultado, convendrá que a la enferma se la deje sola todo el tiempo posible.

—¿Con qué fin?—preguntó la anciana con tono de extrañeza.

—Para ver si las alteraciones son espontáneas, pues de otro modo podría creerse que eran efectos de la influencia de la persona que a la enferma acompañare.

—Tenéis mucho talento, doctor.

—Y vos no tengáis cuidado—añadió dirigiéndose a María—, que aunque Satanás os haya tomado por objeto de sus maldades, con algunos exorcismos se arregla todo.

La cándida superiora creía como artículos de fe las palabras del caballero.

—Mucha quietud—dijo éste—, mucho silencio, y que no se moleste a la enferma con preguntas.

—¡Gran consuelo me dan vuestras palabras!

—Reverenda madre, no sé si la falta de salud de mi amigo exigirá que yo tenga el honor de veros otra vez; pero, de cualquier manera, disponed de mí. Vivo en la Corredera de San Pablo, esquina a la calle de la Puebla, y allí estaré siempre a vuestras órdenes.

—¡Gracias, doctor; gracias!

Salieron de la celda. Despidióse el señor de Guevara, y se alejó guiado por Canuto.

—¡Mucho vale el doctor Vallecillo—dijo para sí la superiora—; pero éste vale más! Al fin tendremos la prueba de que no me equivoqué, y habremos de apelar a los exorcismos.

El señor de Guevara salió del convento y se dirigió a su casa, donde le esperaba Querubín. Entretanto la enfermera, que había pasado en vela la mayor parte de la noche, sentíase dominada por el sueño, inclinaba la cabeza, cerraba los ojos, y se dormía profundamente. Aprovechó María la ocasión, y leyó la carta de Querubín.

Lo que sintió no puede explicarse.

Sus fuerzas renacieron.

Ya tenía el medicamento que necesitaba.

Su amor era más intenso que nunca.

No podía suceder otra cosa, puesto que el travieso Querubín daba cada día una prueba de valer más.

No pensó entonces la joven en apreciar su propio valor y saber si sería bastante para hacer lo que deseaba Querubín.

Gravísima era la determinación, y mucho más grave cuando se trataba de una persona del carácter de don Pedro.

Era la joven una hija demasiado respetuosa, y tal vez en los momentos críticos le faltaría el valor.

Con esto tampoco había contado Querubín.

Otra vez había sido engañada la superiora, y otra vez el honrado Canuto había abierto las puertas del convento para que entrasen los enemigos del comendador.

Veamos ahora si Perico consiguió lo que deseaba de su amigo el criado que debía facilitarles la entrada en el subterráneo.

CAPITULO LV

Cándido

La tarde de aquel mismo día, y cuando el sol se acercaba a su ocaso, el travieso Perico, provisto de una bolsa que contenía cien doblones en oro, se fue en busca de su amigo Cándido, o lo que es igual, del criado que servía en la Casa de Canónigos.

Era éste un buen hombre en toda la extensión de la palabra, y su nombre le cuadraba perfectamente. Representaba cuarenta años, y su rostro no ofrecía de particular sino la falta de expresión.

Había terminado las faenas de aquel día, y se preparaba a salir para dar un paseo hasta que anocheciese.

No le sorprendió la visita de Perico, ni tampoco le desagradó, porque el joven se había mostrado siempre generoso amigo.

—¿Qué traes por aquí?—preguntó Cándido.

—Muchas cosas, y muy buenas—respondió Pedro.

—Dime cuáles son.

—Primeramente, el gusto de verte.

—¡Gracias!

—Luego, la intención de que me hagas compañía comiendo una buena magra y echando un trago.

—¡Oh! ¡Un trago!

—¿No lo aceptas?

—¡Si te empeñas!

—Me protege la fortuna: soy rico, y quiero alegrarme.

—¿Pues qué sucede?

—Lo sabrás mientras bebemos.

—Pues vamos, porque ahora nada tengo que hacer.

—¡Vamos, que no perderás el viaje!

Tomó Cándido su capa y su sombrero, siguió a Perico, y fueron ambos a dar con su cuerpo en el más sombrío y apartado rincón de la taberna de la calle de Belén.

Pidieron vino, jamón y sardinas, y empezaron por renojar el tragadero.

—¡La vida no es tan mala como algunos creen!—dijo Cándido, que cuando podía beber se creía el más dichoso del mundo.

—Esa es mi opinión.

—El tiempo que se pasa con un buen amigo, se goza mucho, y mientras se goza, no debe uno quejarse de la fortuna.

—Con más entusiasmo dirías todo eso si hubieras conseguido lo que yo.

—Explícate, amigo Perico, que has picado mi curiosidad, y no sosegaré hasta saber lo que te pasa.

Miró Perico a su alrededor.

No había en la taberna más que el tabernero, que dormitaba sentado tras el mostrador.

—¡Ahora verás!—dijo el criado de Sandoval.

Sacó la bolsa y la vació sobre la mesa.

El ruido y el brillo del oro produjeron un efecto inexplicable en Cándido.

Viósele brincar en su asiento.

Sus pequeños ojos relumbraron.

— ¡Perico, Perico! — exclamó.

— ¿Qué te sucede ?

— ¿De dónde has sacado eso ?

— De un buen negocio.

— ¡Tiemblo!

— Ya sabes que soy honrado.

— Sí; pero...

— Todo este dinero me lo ha dado mi noble señor, don Leandro de Sandoval.

— ¡Tu señor debe de haber perdido el juicio!

— ¿Y por qué supones que está loco ?

— Regalar tanto dinero...

— No es todo generosidad, pues si esto me ha dado, y ha de darme mucho más todavía, es porque le he prestado grandes servicios y le he prometido hacer lo que le interesa mucho.

— ¡Eso es otra cosa!

— ¿Ya te tranquilizas ?

— Sí; aunque no se me alcanza qué puedes tú hacer por tu ilustre señor.

— Vas a saberlo.

— No soy curioso, y, por consiguiente...

— Preciso es que conozcas el secreto, puesto que has de ayudarme.

— ¿Yo ?

— Para tí será todo ese oro, y tres veces otro tanto, cuando el asunto termine: lo cual quiere decir que, de mísero criado, de poco menos que esclavo, te convertirás en hombre rico y pasarás una gran vida, bebiendo mucho y trabajando poco o nada.

— ¡Me aturdes!

— Eso consiste en que apenas has probado el vino.

— ¡Es verdad!

— Bebe, y se aclarará tu inteligencia.

Llenaron y vaciaron los vasos.

— ¡Me siento mucho mejor!

— ¡Nos hemos olvidado brindar!

— Lo haré por tu buena fortuna.

— Y yo, por tu salud.

Bebieron más.

— ¡La vida es buena! — volvió a decir Cándido.

— ¡Cuando se tiene dinero!

— Decías que todo ese oro...

— Y tres veces otro tanto.

— Pues lo menos hay ahí...

— ¡Cien doblones!

— Es decir, que...

— Con otros trescientos más harán cuatrocientos.

— ¡Mentira parece que pueda un hombre reunir semejante cantidad!

— Fácil es que lo realices.

— ¿Cómo?

— Bebe y escúchame.

Así lo hizo Cándido.

Perico añadió:

— Tú me has hablado de cierto subterráneo que pone en comunicación el convento de Santa Teresa con...

— ¡Cuidado, Perico!

— Si yo quisiera perderte, te perdería.

— No era menester más sino que fueses con el cuento a mis amos.

— Y lo haré si es preciso — repuso el joven con la más fría calma.

— ¿Qué estás diciendo? — preguntó Cándido con acento de terror.

—No me agradan las situaciones oscuras.

—¡Estás incomprensible!

—Vas a elegir; vas a decidir tu suerte.

—¿Quieres acabar de explicarte?

—Estos cien doblones ahora y otros trescientos después...

—Pero...

—Si no aceptas, iré a tus señores con el cuento del subterráneo.

—¡La elección no es dudosa!

—Discurres bien.

—Acepto los cien doblones, y los otros trescientos me los darás cuando quieras.

—Debes pensar que el dinero no lo da nadie por el placer de darlo.

—Ciertamente.

—Serás dueño de los cuatrocientos doblones; pero has de hacer lo que yo te diga.

—Sepamos.

—A mí y a las personas que me acompañen, nos facilitarás la entrada una noche en tu vivienda.

Cándido fijó una mirada de estupor en su amigo, preguntando después de algunos momentos:

—¿Y para qué queréis entrar allí?

—Para examinar despacio el interior de ese subterráneo.

—¡Oh!

—Y si es preciso hacer esto más de una noche, se hará.

—¡Imposible, imposible!

—¡Pero no será imposible que yo te pierda!

—¡Estás cometiendo un abuso, Perico!

—Tal vez; pero cada cual pone en juego los recursos con que cuenta.

—¿Qué os proponéis?

- No vamos a robar.
- Entonces...
- No hemos de hacer mal a nadie.
- No adivino cuál sea vuestro objeto.
- Ni te importa.
- ¿Que no me importa?
- Para eso te pagamos.
- ¡Guarda ese dinero; guárdalo pronto!
- ¡Hemos concluído!—repuso Perico encogiéndose de hombros.
- ¡Antes que faltar a mi deber, prefiero morir.
- El propósito es bueno, pero presenta el inconveniente de que el resultado no ha de ser el que desees, puesto que todo el mundo sabrá que has olvidado tus deberes, y has revelado un secreto de muchísima importancia.
- ¡Perico, en nombre de nuestra amistad!...
- Antes es mi conveniencia.
- ¡Me colocas en una alternativa horrible!
- Me obligan las circunstancias.
- ¡Ah!—exclamó Cándido con desaliento.
- Decide.
- ¡Jamás!
- Acabemos de beber, y prepárate a sufrir el castigo que mereces por tu indiscreción.
- ¡Pero eso es una crueldad!
- No lo niego.
- ¡Y yo que creía que eras mi verdadero amigo!
- La prueba de que lo soy está en que te proporciono cuatrocientos doblones.
- En cambio, me exiges...
- Una cosa muy sencilla.
- Si se descubre...
- Es imposible que nadie lo sepa.
- Ya sabes que hay otros criados

—Mientras ellos duermen, puede arreglarse el negocio.

—¿Y si una casualidad cualquiera?...

—Tampoco sabes si has de morirte ahora mismo.

—¡Déjame reflexionar!

—Has de decidir inmediatamente, porque tengo que llevar la respuesta a mi noble señor.

Era imposible que Cándido resistiese.

Miró las brillantes monedas, suspiró y dijo:

—¡Decidido estoy!

—Pues guarda ese dinero.

—¿Y cuándo hemos de cometer el abuso?

—Yo te avisaré con anticipación.

Poco más hablaron del asunto.

Siguieron bebiendo.

Cuando se ocultó el sol salieron de la taberna.

Separáronse en la calle del Barquillo.

Perico fue en busca de don Leandro.

CAPÍTULO LVI

Primeras tentativas

Leandro había conferenciado otra vez con el doctor Vallecillo, y éste, como había dado ya el primer paso, no se resistió a seguir favoreciendo a los enemigos del comendador. Verdad es que otra cosa no le era posible hacer al buen doctor, pues, como suele decirse, le habían colocado entre la espada y la pared.

Pasaron tres días.

La hija de don Pedro había recobrado la salud y no necesitaba más que reponer las perdidas fuerzas. Dejó el lecho, y aunque hubiera podido trasladarse a su casa, el médico declaró terminantemente que de hacerlo así se exponía la joven a una recaída mucho más peligrosa que

la anterior enfermedad, justificando esta opinión con los efectos que había de producir la impresión del aire libre.

En vista de esto, la superiora dijo al comendador:

—Bajo vuestra responsabilidad, disponed lo que mejor os parezca.

—Reverenda madre—repuso el caballero—, me he convencido de que mi hija no puede estar aquí segura de las asechanzas del miserable que le ha trastornado la cabeza; pero tampoco he de exponerla a morir por no esperar algunos días.

—Una vez se me sorprende y se me engaña; pero dos no: podéis estar completamente tranquilo.

—Sin embargo, vigilad más que nunca, porque me parece que hay mayor peligro ahora que mi hija puede entrar y salir de la celda.

—No saldrá, porque la haré comprender que eso ofrece tanto peligro como andar por las calles.

—Fío en vos, reverenda madre.

—Tranquilizaos, caballero.

Ya no tenía la joven constantemente la compañía de una monja, puesto que no necesitaba enfermera, y, por consiguiente, disfrutó de la libertad que le era tan necesaria.

Mucho había meditado y vacilado, pues era demasiado grave lo de huir y declararse en abierta rebeldía; pero, al fin, la tranquilizó la seguridad de que había de quedarse bajo la salvaguardia de la condesa.

¿Y cómo poner en práctica el atrevido plan?

La hija de don Pedro no conocía el interior del edificio, puesto que enfermó apenas puso los pies en la celda.

¿Dónde se encontraba la entrada del subterráneo?

He ahí lo que era muy difícil averiguar.

Sin infundir sospechas, no podía la joven hacer ninguna pregunta sobre este punto.

No le permitirían recorrer el convento, mucho menos las habitaciones del piso bajo y las cuevas, y, además, debía suponerse que había muchas puertas cerradas con llave antes de llegar al sitio donde estaba el subterráneo.

La obra, sobre ser difícil, era muy larga, y tal vez la paciencia del comendador se agotaría mucho antes de que la desgraciada niña pudiera salir del convento.

El plan de Querubín y Perico era ingenioso, muy bello en teoría; pero de realización imposible, o poco menos.

Cuando llegó el momento de obrar, sintióse María poseída de terror.

Miró a través de los vidrios de la ventana, y no vio más que la huerta.

Suspiró tristemente la joven.

Acercóse a la puerta.

Desde allí no descubría más que un largo pasillo. ¿Cuándo daría principio a las exploraciones?

Tenía que aprovechar la noche, y aun así no podía estar segura de que no la sorprenderían.

A la hora que marcaban los reglamentos de la comunidad tenía que apagar la luz y acostarse, lo cual significaba otro apuro.

A pesar de todo esto, no pensó en retroceder, pues sabemos ya que la inocente niña estaba dotada de un espíritu enérgico.

La noche llegó.

A la hora de costumbre acostáronse las religiosas, quedando levantadas las que debían vigilar; pero éstas cumplían pocas veces o ninguna su deber, concretándose a recorrer las celdas para ver si todas las luces se habían apagado.

En algunos pasillos, galerías y habitaciones quedaba encendido un farol que servía para las que vigilaban.

María, que se había acostado, dejó el lecho y buscó a tientas la palmatoria: sin hacer el más leve ruido se acercó a la puerta y la abrió cuidadosamente.

Escuchó.

Ni el más leve rumor se percibía.

En uno de los extremos del pasillo había uno de los faroles de que hemos hablado.

Salió la joven de la celda.

Su corazón latía violentamente.

Sus manos temblaban.

Su primer cuidado fue encender el trozo de vela que había en la palmatoria.

Luego se preguntó:

—¿Hacia dónde iré?

Fácil era que se alejase demasiado, y que no acertara después a volver a su celda.

Tenía que entregarse al azar.

—¡En nombre de Dios!—exclamó.

Avanzó por el pasillo.

Encontró una escalera.

Bajó.

Detúvose, y volvió a escuchar.

El silencio era absoluto.

Dejó atrás algunas habitaciones.

Llegó a otra escalerilla, y luego a un patio.

Las puertas que allí vio estaban cerradas con llave.

Tuvo que retroceder, y yendo y viniendo, concluyó por perder el tino.

No se desalentó, aunque ya se consideraba perdida.

Por segunda vez llegó al piso bajo; pero en ninguna habitación encontraba la entrada de las cuevas.

Así pasó casi toda la noche.

Sus escasas fuerzas empezaron a agotarse.

Sentíase desfallecer.

Entonces tuvo miedo, como nunca lo había tenido.

Corrió de un lado para otro.

¿Y su celda?

No la encontraba.

En el interior de su cabeza empezaba a resonar un sordo zumbido.

Huía de sus ojos la luz.

Tuvo que detenerse.

Encontrábase en un largo pasillo.

A sus oídos llegó ruido de pasos.

— ¡Soy criminal! — exclamó la infeliz con tono de mortal angustia — ¡Soy criminal, y el Omnipotente me castiga!

Hizo la desdichada el último esfuerzo.

El ruido de pasos sonaba cada vez más cerca. María, en el último grado de trastorno, acercóse a una puerta y la abrió, penetrando en una celda.

Volvió a cerrar.

Miró a su alrededor.

Vio una cama.

No pudo contener un grito de alegría.

Estaba en su celda.

Apagó la luz, desnudóse y se acostó.

Los resplandores del crepúsculo penetraron a través de los vidrios de la ventana.

Nada había conseguido la pobre niña, ni siquiera había podido hacerse cargo de la distribución de habitaciones, pasillos y galerías de aquel extenso edificio.

Sus ojos se cerraron cuando se habían dejado ver los primeros rayos del sol y en tanto que resonaban los últimos ecos del toque de maitines.

Afortunadamente, no tenía obligación de asistir al coro, y pudo entregarse a un sueño dulce y reparador.

Cuando despertó eran las nueve de la mañana.

— ¿Cómo os sentís? — le preguntó cariñosamente la superiora.

—Lo mismo que ayer—respondió María.

—¡Dios nos favorecerá!

¿Cuántas noches emplearía la infeliz para encontrar la entrada de los subterráneos?

¿No había previsto Querubín estas dificultades?

Debemos suponer que sí, y no se comprende cómo abrigaba esperanzas de triunfo.

CAPITULO LVII

La compuerta

A la noche siguiente, con esa tenacidad que distingue a la mujer, dispúsose María a continuar las exploraciones.

No había escarmentado, sino que, por el contrario, se sentía con dobles alientos.

De todas maneras, considerábase perdida.

Si abandonaba la empresa tendría que volver a su casa, y, más o menos tarde, habría de casarse con Leandro de Sandoval.

¿Qué perdía si llegaban a sorprenderla?

Nada, porque no podía sucederle nada peor que volver a su casa y ser esposa del hijo de la condesa.

La idea, pues, de que podía ganar sin arriesgarse a perder, infundíale valor.

La costumbre hace mucho: cuando por segunda vez recorriese aquellas galerías y habitaciones solitarias y silenciosas, no debía sentir la desgraciada joven el mismo miedo que la noche anterior.

Con indescriptible afán esperó el momento oportuno. Tomó la palmatoria y salió.

Las monjas que debían vigilar dormían.

Empezó a reconocer María los sitios que había recorrido ya, y se dirigió hacia opuesto lado.

mujer, y del que, ni Monzón, que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hijo viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fué recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa, porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando vé que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo, que es Querubín. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso piensa aconsejar a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos. Andrés, creyendo que a quien ama Querubín es a Consuelo, quiere engañarle y aprovecharse de él para secuestrarla por orden del conde y de don Pedro.

Tal es la trama de los personajes de la obra.

COLECCIÓN ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	J. MAURY	Ruñabos	13	G. LOMAS	El corazón secuestrado
2	-	El bufón por sacrificio	12	-	Rosletabile en Rusia
3	-	¡Por ella!	15	L. ROAKE	El naufrago del espacio
4	-	La astucia de una mujer	14	-	Al astro espantoso
5	-	La venganza del Destino	16	SPITZBERGER	El capitán Lagarde de Jarzac
6	-	El secreto de Mari-Rosa	17	-	Los amores de Francisco I y la Gioconda
7	-	Ultraje Mortal	18	-	La marquesa dolorosa
8	ESTARNO	Las cosas vea	19	-	La favorita
9	G. LOMAS	BIB. N.º I	20	-	El misterio de mirafior
10	-	- - - II			El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO, EN RÚSTICA 2,50 PESETAS.

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y KIOSCOS